

LAS INVESTIGACIONES EN LAS CIENCIAS SOCIALES CUBANAS HOY: ¿TODO SIGUE BIEN O SE AVECINA UNA DISYUNTIVA TRASCENDENTAL?

Rafael Ángel Cárdenas Tauler

Doctor en Ciencias Históricas, profesor titular

Universidad de Holguín

Considero que este texto ganaría en calidad si admito que sea el mismo auditorio quien le dé respuesta a esa interrogante, a partir del análisis que desplegaré a continuación y de su propia experiencia.

No me propongo desarrollar aquí una exposición organizada según las reglas de la oratoria o del discurso científico, me conformo con socializar algunas reflexiones dispuestas según la importancia que les confiero. Ustedes, por supuesto, estarán en su pleno derecho de reacomodarlas según sus propios criterios. Advierto asimismo que el texto aparecerá plagado de *peros*, *no obstante* y *sin embargo*, y que no se trata de vicios gramaticales, sino que su propia intención torna imprescindible este recurso con un valor enfático.

Despojado de toda pretensión chovinista, afirmo que cada vez que observo el horizonte de la academia tercermundista restringido a aquellas ciencias cuyas aplicaciones tributan más directamente a la mercantilización de la sociedad, entiendo mejor el particular mérito humanista que distingue a nuestras ciencias sociales en el mundo de hoy. Certifico asimismo que un rasgo que identifica y honra a nuestros científicos sociales es la amalgama de voluntad, conocimiento y talento para generar esfuerzos que contribuyan a la arquitectura de sus respectivas especialidades. Sin embargo, opino que no es prudente adoptar ambas aseveraciones como artículo de fe con olvido de los apremios económicos que las matizan, derivados de la inversión de la pirámide social y la depresión del salario real que ya datan de un cuarto de siglo. Esta contradicción emergerá a la vista de quienes sigan las siguientes reflexiones.

Resultaría innegable para cualquier observador del patio o foráneo interesado en la objetividad de su indagación, que las instituciones académicas y científicas cubanas han sido sostenidamente dotadas por el Estado de recursos materiales de todo tipo destinados a propiciar la docencia y la investigación científica, pero tampoco vacilaría en reconocer la escasez de esos mismos recursos en propiedad de los investigadores-docentes, y que esta carencia adquiere un cariz neurálgico en lo que se refiere a los medios informáticos, a los cuales acceden únicamente aquellos profesionales capaces de importarlos desde escenarios foráneos como un fruto más de su desempeño laboral y/o sus nexos familiares. Simultáneamente, nuestro hipotético observador testimoniaría asimismo la concentración de la tecnología computarizada de propiedad privada en sectores sociales totalmente ajenos a todos los campos del saber científico y motivados por los intereses más superfluos que quepa imaginarse.

En nuestro país se han ido multiplicando progresivamente los concursos nacionales y provinciales de ciencias sociales que otorgan premios en metálico a las investigaciones galardonadas, con el propósito más o menos explícito de incitar y divulgar las investigaciones de avanzada en uno u otro campo. Ganar un dinero extra por el talento y el esfuerzo denodado que se plasman en una obra intelectual meritoria es justo, pero no puede decirse lo mismo de decisiones injustificadas e injustificables de procedencias ignotas, que privan de tales beneficios y desalientan a nuestros científicos sociales.

Es incesante la efusión anual de tesis y tesinas referidas a tópicos de ciencias sociales en toda la Isla, que validan hipótesis que contribuyen gradualmente a expandir el conocimiento holístico de la sociedad sobre sí misma. No obstante, la facultad de imprimir, fotocopiar, escanear y encuadernar el material científico, es transferida cada vez más a empresas privadas ocasionalmente financiadas por la banca nacional, frecuentemente mejor dotadas en el plano técnico que las propias universidades, y regularmente administradas y operadas por egresados suyos, que

aprovechan su posición ventajosa en el mercado de los servicios altamente especializados para imponer precios victimarios a los investigadores victimizados.

La abundancia de simposios anuales para la presentación pública de los resultados de investigaciones científicas, y de espacios donde coleccionar la información empírica a partir de la cual estructurar el nuevo conocimiento científico, habla muy alto del valor que se le confiere a la ciencia en una sociedad moderna, y considero que ese potencial es parte consustancial de la realidad cultural cubana. Sin embargo, plantearé a continuación una situación hipotética: es evidente que la planificación y la organización oportunas son vitales para la gestión científica eficiente pero ¿y si pese a la calidad superior de una proyección realizada con suficiente antelación, el docente-investigador interesado en participar en un evento científico o indagar en un escenario ubicado en una región distante, encuentra que sus posibles anfitriones resultan incapaces en ese momento de garantizarle hospedaje, y este hecho lo pusiera entonces ante la disyuntiva de no asistir o asumir el pago de la abusiva renta de una habitación particular con sus magros recursos? Adviértase que no me he referido a los gastos de alimentación en que necesariamente incurriría. Termino este párrafo aclarando que la conjetura no es tal porque, desafortunadamente, no pocos colegas míos y yo hemos sufrido bajo el peso de esa disyuntiva más de una vez.

Hasta aquí los fenómenos adversos cuya esencia pudiera identificarse como netamente socioeconómica. Con ellos coexisten otros que pudieran ubicarse en un ámbito impreciso en que se superponen la política, la sociología, la psicología social y la antropología cultural, según se apreciará a continuación.

Los recursos informáticos, en lo que concierne al universo científico, facilitan la recolección, organización, almacenamiento y procesamiento analítico de datos empíricos, la redacción de informes científicos, las presentaciones públicas de resultados investigativos, y la socialización de estos en formatos tradicional y/o digital. Pero la insuficiente formación de muchos científicos sociales — especialmente de aquellos que peinan canas o que ya les queda bien poco para

peinar — en el sofisticado y altamente tecnificado mundo de la computación y su limitado acceso al colosal potencial de Internet, lastran su actualización respecto a la producción intelectual mundial relacionada con sus temas de investigación.

En nuestra sociedad, las investigaciones de las ciencias sociales se enfocan preferentemente en los procesos épicos, ideopolíticos y culturales patrios y sus manifestaciones locales, fenómeno evidenciado en los grupos temáticos comúnmente aceptados en los eventos científicos y los colchones editoriales a escalas regional y nacional. Este fenómeno es comprensible y deseable por cuanto dichas líneas investigativas nutren el acervo identitario nacional. Sin embargo, la concentración de esfuerzos y recursos de toda índole en estas direcciones, opera en detrimento de aquellos tópicos cuyo objeto de estudio son las regularidades evolutivas pretéritas y actuales del entramado social y económico que, a fin de cuentas, constituye el sustrato que sustenta y/o sirve de detonante de dichos procesos; circunstancia esta que explica la endeblez argumental de no pocos trabajos que discurren sobre un evento sociohistórico casi únicamente desde el prisma de su aporte formal a la configuración del ser y la conciencia nacionales, con olvido de sus esencias económica, antropológica, psicológica y sociológica.

En lo que se refiere concretamente al universo de la historiografía, nuestro país cuenta con un poderoso cúmulo archivístico de las épocas colonial y republicano-burguesa que ha propiciado una profusa producción de variada calidad, una parte de la cual puede sin sonrojarse compartir el podio con las obras clásicas de la historiografía mundial. Sin embargo, los investigadores-historiadores no pueden menos que apreciar con desconsuelo, mientras realizan su faena de recopilar datos para sus trabajos, el estado de deterioro de los fondos por falta de recursos para su conservación y digitalización.

En todas las ciencias sociales coexisten las áreas de conocimientos saturadas y relegadas por las investigaciones académicas. Las del segundo tipo están condenadas a la larga al estancamiento o la postergación al olvido. En nuestro país,

es política oficial de larga data la promoción de los estudios científicos sobre el proceso de la revolución socialista, y es reconocido en la comunidad de historiadores que precisamente estos son los menos atendidos, de lo que se deriva que el conocimiento erudito sea suplantado frecuentemente por la retórica política y la alegoría icónica. La explicación de este fenómeno contiene elementos de paradoja: puede ocurrir que las instituciones clasifiquen o desclasifiquen solo parcialmente aquellas fuentes documentales bajo su custodia que contengan información significativa sobre la época histórica iniciada en 1958; se conoce que no pocas empresas destruyen periódicamente su documentación; y las hemerotecas de nuestro sistema de bibliotecas públicas adolecen de dificultades de diversa índole para preservar sus fondos más vetustos. Las justificaciones que se proporcionan a quienes inquieren los motivos de tales prácticas — cuando las proporcionan — irrespetan la inteligencia de los afectados, y entonces asalta la duda de si las agendas de los autores y/o ejecutores de tales acciones coinciden con la necesidad de salvaguardar la memoria histórica del pueblo cubano.

Es admirable el hecho de que nuestras instituciones universitarias hayan adoptado históricamente la línea, mediando las correspondientes reglamentaciones, de introducir los resultados de investigaciones de grado y posgrado de todo calibre y espesor en los currículos docentes. No obstante, se ha tornado familiar la reclamación por parte de los profesores de que se están desgastando en tareas para nada redituables en el plano científico pero que sí tributan al dilatadísimo e insaciable engranaje de la burocracia institucionalizada. Entretanto, los cuadros directivos acusan a su vez a sus subordinados de indolencia e insipidez en el terreno de la producción científica. Sin negar los elementos de verdad implícitos en ambas aseveraciones, es igualmente lícito plantear las siguientes interrogantes: ¿se ha planificado y organizado eficientemente la actividad científica en sus gradaciones general, particular y singular desde los distintos órganos directivos de la institución? y ¿los profesores han respetado esas decisiones y se han involucrado realmente con la arista científica de su cometido social? De ser negativas las respuestas, entonces las justificaciones alegadas por todas las partes implicadas en la trama no

pasan de ser otros tantos subterfugios para enmascarar la apatía, la conciliación con la rutina cotidiana y la falta de profesionalismo. A propósito, llamo la atención sobre la cantidad de proyectos científicos que próximamente dejarán de existir en toda la Isla por la pérdida de financiamiento, acción institucional atribuible a la inacción de sus miembros o al distanciamiento de sus trabajos respecto a los objetivos originales para los cuales fueron concebidos aquellos.

A lo largo del siglo XX y en lo que va de la presente centuria, en el ámbito internacional se han desarrollado paradigmas proclives a enriquecer cualitativamente las ciencias sociales. Nuestros especialistas, por circunstancias histórico-concretas específicas de la sociedad cubana, han accedido tardíamente a ellos, adoptando actitudes que oscilan entre la aplicación creativa, la negación antidialéctica y la impregnación sin discernimiento. Es poco menos que desalentador observar la intensidad que van ganando entre nosotros estas dos últimas tendencias.

El académico/científico cubano promedio no puede quejarse en el presente de que se le priva de acceso a fuentes bibliográficas existentes en los flujos nacionales e internacionales de textos en formatos tradicional y/o digital. Pudiera, sí, justificar su inacción con la ineficiencia crónica del servicio de Internet, pero en aras de la objetividad también debiera reconocer que ese no es el principal problema que afronta nuestra comunidad académica en este sentido, que consiste en su nulo o problemático conocimiento de idiomas extranjeros en general y de la lengua inglesa en particular. Es imperioso recordar en este punto que la mayor parte del flujo informativo de carácter científico que circula en la red, está codificado en lenguas más o menos distantes del castellano, y sobre todo en idioma inglés. Resulta inquietante la parsimonia y/o la ceguera de muchos de nuestros profesionales que se rehúsan a reconocer esta realidad y a incluir entre sus prioridades actuales el dominio de este último lenguaje al menos, aprovechando la oportunidad que representa la existencia entre nosotros de especialistas competentes en esa área.

Para todos los profesionales cubanos resulta axiomática — y la explotan al máximo permisible —, la posibilidad brindada desde el Estado para establecer amplios contactos académicos, científicos y culturales con instituciones y personalidades extranjeras homólogas, y especialmente con aquellas de filiación izquierdista. Pero todos hemos sufrido y sufrimos aún el embargo económico practicado durante medio siglo por parte de los Estados Unidos de América contra nuestra nación, y ello, en nuestro ámbito profesional, se ha traducido en nuestra imposibilidad para intercambiar ideas y experiencias con las comunidades académicas afines de esa potencia. Afortunadamente, parece que esta realidad pronto quedará desfasada por el incontenible movimiento histórico, aun cuando no deja de resultar preocupante el hecho de que los primeros contactos ya hayan sido capitalizados por las instituciones de las provincias occidentales en tanto que las centro-orientales, al parecer, correrán la misma suerte que corrieron sus poblaciones en materia de progreso socioeconómico durante los cuatro siglos de coloniaje: la postergación.

Al contrario de lo que ocurre en muchos países tercermundistas, el nuestro puede exhibir una gama de casas editoriales nacionales y provinciales especializadas en materias propias de las ciencias sociales o que admiten colateralmente su presencia, con importantes tiradas anuales que alcanzan su momento de esplendor en las ferias internacionales del libro. Sin embargo, las principales casas editoriales y los especialistas de más renombre nacional e internacional radican en La Habana. Fácil es percibir las secuelas de tal desequilibrio cuando se frecuenta los *stands* de dichas ferias y se comparan las ediciones: los autores de superior autoridad científica, la mayor diversidad temática, las tiradas más importantes y las presentaciones más atractivas, son oriundos de la capital. Un fenómeno adyacente que no debe pasarse por alto aquí, es que las publicaciones de mayor mérito científico en su marcha hacia *el interior*, no suelen rebasar las fronteras villareñas.

Hemos arribado a una época en que la comunidad académica y científica cubana ha comprendido la necesidad de la multidisciplinariedad y la transdisciplinariedad en las investigaciones científicas. No obstante, contra las acciones

correspondientes conspira la estrecha especialización de nuestros científicos sociales, y aludo aquí especialmente al abandono de los abruptos pero fértiles terrenos de la antropología y la sociología. Es igualmente preocupante en este sentido el ascenso de la mentalidad parroquialista o de compartimiento estanco en no pocos colectivos y líderes científicos.

A manera de conclusión de esta parte de la conferencia que me ocupa, recapitularé sucintamente las ideas hasta aquí expuestas: las cualidades de idoneidad y competitividad no son ajenas a nuestros especialistas de ciencias sociales, pero para que aquellas se concreten en un servicio social eficiente es imprescindible, primeramente, que estos adecuen creativamente sus actitudes y aptitudes a los requerimientos del mundo contemporáneo, y en segundo lugar, que los órganos estatales facultados para tomar decisiones que de una u otra manera afecten el terreno académico cubano, operen con la conciencia de que es imperioso elevar la calidad de vida de sus hombres y mujeres, y de que sus proyectos demandan inyecciones financieras y tecnológicas incesantes y ascendentes, guiándose para ello por parámetros de eficiencia que no son y no pueden ser los propios de los renglones productivos de bienes y servicios. Según se aprecia, todavía no hay abundancia de comprensión de estas realidades por ninguna de las partes involucradas.

Permítaseme ahora retomar la interrogante que sirve de título a este trabajo: ¿todo sigue bien o se avecina una disyuntiva trascendental para las investigaciones en las ciencias sociales cubanas?

Comparto la convicción de millones de mis compatriotas de que el embargo económico y la ocupación militar de una parte del territorio guantanamero, impuestos arbitrariamente a nuestro pueblo por el gobierno estadounidense desde hace tanto tiempo ya, están arribando a su fin, y de que esos eventos trascendentales permitirán la reconstrucción de los nexos históricos multidimensionales entre los pueblos de Cuba y los Estados Unidos de América

sobre fundamentos cualitativamente superiores. De concretarse este escenario, la dinámica del intercambio alcanzará también al universo académico y nuestra comunidad de científicos sociales, como sus análogos de todas las demás especialidades, se encontrará entonces ante la disyuntiva de adoptar una de estas tres posiciones: atrincherarse en un discurso de barricada para aislarse, inclinar la cerviz y plegarse a los intereses de sus interlocutores a cambio de financiamiento, equipamiento y acceso al mercado de los saberes científicos, o esforzarse por un diálogo productivo para ambas partes en pie de igualdad y respeto de los intereses mutuos. Por supuesto que esta última elección sería la más deseable, pero para recorrer ese escabroso camino nuestros científicos sociales tendrían que apelar a su capacidad individual y colectiva de responder decidida y sabiamente a los déficits que enumeré y los que desconozco que hoy lastran su progreso, contando para ello con el compromiso irrestricto por parte del Estado, y en la estrategia diseñada y ejecutada en común por aquellos y este no debiera faltar el sentido de urgencia pues la deuda acumulada es notoria según se aprecia.

Para finalizar: no ha sido mi deseo encarnar al sombrío personaje nietscheiano que miró al abismo y este le devolvió la mirada, pues carezco de las facultades de Zaratustra y la globalización no es el abismo. Me he limitado a alertar sucintamente a mis colegas sobre la futilidad de un optimismo que no esté sazonado con la madurez y la objetividad intelectuales en la ponderación de las fortalezas, vulnerabilidades, amenazas y oportunidades que convergen en nuestra profesión.

En lo que a mí respecta, abrazo sin reservas la idea de que nosotros, los científicos sociales cubanos, aún estamos a tiempo de desplegar nuestras potencialidades hasta el punto de que jamás nos convirtamos en los chicos de los mandados en la arena académica internacional, sino que, por el contrario, constituyamos el ágora adonde acudan desde todos los ángulos de la Tierra los hambrientos de sabiduría y justicia con la certeza de que serán saciados.